

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Descrédito del PRI

■ Los próximos sesenta días

Hace no mucho, el secretario de Organización del comité nacional priísta, senador Roberto Madrazo, sostuvo un ingrato encuentro con los funcionarios de alto nivel de un órgano del Estado. Se trataba de hablar de la próxima asamblea nacional de ese partido. El medio centenar de asistentes integran un cuerpo de servidores públicos bien calificados, su tarea es gratificante de varios modos: no están al margen de decisiones relevantes —y no pueden por

5-JULIO-1990

■ 4

lo tanto ser tenidos como francotiradores amargados— y en su mayoría han sido miembros del PRI durante largo tiempo, y son militantes convencidos del sistema. Madrazo, sin embargo, no logró comunicarse con ellos y esos funcionarios acrecentaron la ya nutrida legión de los desencantados del PRI desde dentro de sus propias filas.

Madrazo terminó en cuarenta minutos la exposición que le fue pedida. La reunión se había programado para durar dos horas, ante las preguntas que presuntamente formularían los circunstantes, como parte del diálogo que se juzgaba necesario y pertinente. Pero nadie abrió la boca después de la exposición del tabasqueño, como no fuera para bostezar. La visita del secretario de Organización era parte de un recorrido ante los cuadros priístas —es decir, todos— de las dependencias del Ejecutivo, y es presumible que la mala química entre Madrazo y sus oyentes se hubiera repetido más de una

Obviamente, no es un problema del senador por Tabasco. O no es sólo suyo. Si lo fuera, sería una cuestión menor, fácil de resolver. Bastaría enviar otro interlocutor ante los altos cargos de la administración pública. Pero nadie obtendría, quizá, una respuesta diferente. Porque el problema está en la falta de crédito que suscita el partido gubernamental aun en muchos de sus propios cuadros.

La crítica al partido, desde dentro, ocurre de modo espontáneo y también de manera organizada. La practican no sólo la Corriente Crítica, sino también el Movimiento para el Cambio Democrático, esa singular iniciativa prohijada por el propio presidente del partido, que la ha encargado a uno de sus secretarios adjuntos, en un ejercicio que ha dividido la opinión: a unos les parece un saludable modo de conocer lo que ocurre en el partido; a otros, un ingenuo recurso de simulación; y a otros más una maquiavélica —en el sentido vulgar del término— maniobra para crear confu-

sión y evitar que se fortalezcan las filas de los críticos verdaderos.

También tendrían sentido institucional, si lo hubiera, el debate en las asambleas municipales (que se realizan del 20 de junio al 10 de julio) pero muchos participantes en ellas opinan que son prefabricadas.

Aparte esas expresiones orgánicas, cunde el descontento entre los simples militantes y aun entre dirigentes. De creer enteramente en su quejumbre, uno esperaría que el PRI sufriera una defección en masa, una multitud de bajas de aquí al comienzo de septiembre, en que tendrá lugar la asamblea nacional, y sobre todo después de ella. Pero quizá nada de eso ocurra porque los diversos cohesionantes que hoy mantienen la unidad del partido —convicción, conveniencia, inercia, entre otros— son todavía eficaces.

Añada usted a esta desazón (producida en los miembros del PRI por la incompetencia que muchos de ellos atribuyen a su actual dirección) las querellas internas por problemas particulares. La disputa,

muy anticipada esta vez, por la candidatura al gobierno de varias entidades, suscita enconos que no se aliviarán concluida la etapa de la selección interna. La maledicencia y los rumores interesados, que llegan a ser impresos, constituyen parte de una batalla intestina cuyo fragor no ayuda a que los priístas se miren como correligionarios con diversas opciones, sino como enemigos que deben ser aniquilados, o por lo menos su buena fama destruida.

Ruindades en la fase de preselección de candidatos a gobernador siempre han ocurrido. Las hubo, más de una vez, hasta en tratándose de la sucesión presidencial. Pero hasta antes de 1988 el PRI contaba con una capacidad de regeneración que no es seguro que conserve.

En los próximos sesenta días, el PRI vivirá un extraño periodo. Pueden ser los meses octavo y noveno de la gestación de una criatura nueva y vigorosa. Pero si los signos de desaliento e incomodidad que brotan por doquier simbolizan lo que parece, acaso presenciemos la agonía del partido oficial.